

Don Quijote de la Mancha

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

AÑO I

Núm. 28

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
(PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta
Fuera de la Capital trimestre..... 3 pesetas

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. EMILIO BERNABEU Y NOVALVOS

CIUDAD-REAL 4 DE OCTUBRE DE 1902.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALATRAVA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

Anuncios y comunicados á precios convencionales

LUCHAR... (1)

Mujer: tú desconoces la historia de mi vida, cuando aún mejores tiempos me sueles augurar. Yo arrastro una existencia fatal y maldecida, inútil es que luche, es esta una partida en la que voy vencido mucho antes de empezar.

Yo soy como aquel pino de lo alto de la sierra, que se alza como espectro sin fruto ni verdor, que grandes y pequeños le declararon guerra, hirieron sus entrañas y en tan ingrata tierra se muestra al caminante cual sombra de dolor.

Bien sé que voy á herirte del alma en lo más hondo tal vez matando alguna risueña aspiración, pero es fuerza mostrarte de mi existencia el fondo, las hieles y amargas que silencioso escondo como en oculto nicho aquí en mi corazón.

Acariciando sueños de mágica luz, lancé amorosa vela por un mar de ternura allá en mi edad lozana buscando un ideal, bogaba sin temores por la esplendente anchura de aquel mar venturoso con dulce temporal.

Ya un día ante mis ojos la costa se dilata, de la soñada tierra la orilla iba á tocar, pero la infausta suerte que me persigue ingrata me logra dar alcance como bajel pirata, me roba cuanto llevo y me hace naufragar.

De aquel primer naufragio de la existencia mía logré salir á flote, pero perdiendo en él el único tesoro que el alma poseía, un mundo de ilusiones que me robó aquel día cuando bogaba alegre, el pérfido bajel.

Después aún no perdida del alma la pujanza del mundo en la batalla luché con ansiedad, iba estrujando penas aún viva la esperanza de ver al fin un día brillar en lontananza, lo gloria que no pudo ganar mi mocedad.

Y siempre combatiendo por nobles ambiciones de santos ideales me erijo en campeón, descubro la perfidia de abyectos corazones, ridiculizo al necio sin respetar blasones, que el bien no conquistara el genio y la razón.

Sufrí tremenda rota y he visto en esta estancia el genio preterido, triunfante la ignorancia, el mal entronizado, vejada la virtud, y en fuerza de las hieles que el vencimiento escancia he visto marchitarse mi fé y mi juventud.

Muy pocos me entendieron, apenas tengo amigos, murieron ó expatriaron buscando otra región, y medran á mi vista estultos enemigos y estas odiadas luchas, á solas, sin testigos, también han destrozado mi pobre corazón.

Y aislado como un pária camino por el mundo con el cilicio horrendo de amargo torcedor que reina cual tirano del alma en lo profundo; así el infierno Dante cruzó meditabundo entre las negras sombras y con mortal pavor.

Y aún quieres que batale cuando he perdido tanto, cuando en tamaña lucha tan destrozado voy que ya apenas me queda por existir encanto y marchó sin aliento transido de quebranto y ni un remedo apenas de mi pasado soy.

No intentes, blanca diosa, con tu ideal presencia de este volcán extinto el fuego despertar, antes te hubiera amado con pasional demencia, cuando era el alma joven, cuando podía amar.

¡Luchar! Ya has conocido en síntesis mi historia, vencido en otras bragas se encuentra el campeón, ¿á qué aún esperar triunfos de amores y de gloria si ni llegar podría al fin de la victoria como llegó Milciades al griego Maratón?

¿Que adónde voy? Lo ignoro. Errante peregrino, por conchas los recuerdos, con el pesar por cruz, iré hasta donde quiera llevarme mi destino, hasta que el cuerpo entierre al borde de un camino y arribe el alma herida al puerto de la luz.

(1) Del libro *Ecos Manchegos*.

J. BERNABEU.

DE LA OPINIÓN PÚBLICA

El pueblo, decía un ilustre publicista francés, acabará por despopularizarse.

Nada perjudica á las colectividades como la demanda inconsciente de sus aficiones y sus deseos.

Pero es un fenómeno contemporáneo que á la opinión ha de servírsela sin preguntarle por aquello que desea y sin examinar ni discutir sus deseos.

Á los fanatismos religiosos han sucedido los fanatismos políticos, y cuando se discute lo más alto no puede ya discutirse lo más bajo.

La voz del pueblo es ahora la voz de Dios. Como si la verdad fuera patrimonio de muchos, que no lo será jamás, según el padre Feijoo; y como si un criterio de mayoría fuera un criterio de razón, que no lo será nunca, según lo declaraba en el Parlamento el inolvidable Sánchez Ruano.

Cada época tiene sus preocupaciones, y ahora tenemos la de creer en la opinión pública más que en Dios; siendo más difícil demostrar donde está y cual es esa opinión que dónde está y quién es el Ser Supremo.

Y creemos en aquella opinión por lo fácilmente que todos nos adjudicamos su representación y mandato.

Los gobiernos dicen que la opinión es suya; las oposiciones, que es suya también; la prensa, que tiene sus poderes; los propagandistas, que tienen su secreto y la interpretación auténtica de lo que desea y quiere; el Parlamento, que es de ley que la opinión le pertenezca, y cada partido que la encarna, porque la satisface y la sirve. Gran dama de todos los pensamientos, musa gentil de todas las inspiraciones al mismo tiempo, gracia á disposición de cuantos la solicitan, y elemento de colaboración para el mundo entero; dispensadora de favores universales, y no moza del partido sino de todos los partidos y agrupaciones del planeta.

Por eso no se sabe qué ni quién es, ni donde está, porque todo el mundo la hace suya simultáneamente, y cosa que puede ser tan de todos no puede ser directora, sino dirigida.

Y sin embargo, contra la opinión no hay éxito; lejos de la opinión no se consigue más que la impopularidad: una situación de los hombres públicos tan amada por Roberto Peel como poco temida por Cánovas, como poco digna de ser tomada en cuenta por ninguno de los gobernantes que en algo tuvieron aquella enseña de los estadistas: «La razón y yo contra todo el mundo».

Dos miedos sentía Shívela en una época de su vida: el miedo á Dios y el miedo á la opinión. De este último se ha visto libre al requerir el juicio ajeno contra la ajena pasión y el voto de los mejores contra el voto de los más.

Esto es modernismo político, mejor ó peor que la conocida leyenda de la opinión, pero al fin y al cabo saliente novedad y otra cosa distinta de las que conocíamos. Ni la censuramos ni la aplaudimos, pero bueno es que recordemos que la opinión pública mató á Sócrates, crucificó á Jesucristo, atormentó á Servet, abrasó á los herejes, expulsó á los moriscos, desterró á los justos en las democracias, ahorró á los liberales en las monarquías absolutas y dió á los poetas de la fantasía en los espectáculos de los circos la permanencia y la consagración de las generaciones.

Así va el mundo; pero ¿quién habla con

aplauso y con elogio de lo que así va marchando?

El individualismo igualitario, padre de las mayorías y protector de los más, ha quedado cien veces. La rutina vulgar entendió que se debía inclinar al gobernante, á la libertad y al orden alternativamente; la incultura general, que la libertad ó la igualdad eran el fin de los Estados. Y cuando esas teorías cayeron en la primera reflexión sería y formal de sus definidores, se proclamó la realización del derecho y el fin de la justicia como el solo y único de las sociedades civilizadas.

¿Y dónde se reflejan mejor aquellas grandes aspiraciones: en la conciencia de los justos ó en las codicias de los fuertes? Seguramente que en la razón de los menos. Hágase, pues, el milagro de que se reflejen en el pensamiento de los más y entonces será lícito caer del lado de las muchedumbres.

Entretanto hay que caer del lado de las justicias, aunque las sientan los menos y aunque se aplique, como en la magna Grecia, á los justos la expulsión del gobierno y el destierro de su hogar y de su patria.

Las últimas flores.

Todavía aparecen erguidas sobre sus tallos; todavía exhalan gratisimos aromas; todavía recrean la vista con sus variados colores; todavía son el encanto de los jardines, y todavía exigen, en fin, para seguir ostentando sus bellezas, que una mano cariñosa les prodigue los últimos cuidados, antes que el helado cierzo marchite sus pétalos y les arranque la vida de un solo soplo.

¡Que bello es un jardín en las plácidas mañanas del otoño! Todos los días tallos nuevos y flores nuevas. Diríase que la vegetación, ante la perspectiva del crudo invierno que ha de suspender su progresivo y admirable desarrollo, se esfuerza en dar las últimas pruebas de su vitalidad.

Ved aquel alelí, cuya florescencia creáis ya terminada, como se cubre nuevamente de pintados ramilletes; como las dalias y campanillas, las rosas de Octubre y los geráneos muestran aún las galas de un espléndido y multicolor ropage... (1).

También en la vida de los hombres se observan fenómenos análogos.

Notad, sino, aquel *dandi* que ha pasado su alegre juventud vistiendo á la última, y gastando en indumentaria una fortuna, cómo llega á los cuarenta, y realizando un verdadero esfuerzo, pues ni su bolsa ni su físico se prestan ya á ello, elige sus mejores prendas, se embadurna con los más selectos cosméticos y perfumándose con las más caras esencias, se echa á la calle á lucir las postrimerias de una elegancia que se acaba...

Fijaos asimismo cómo la mujer del gran mundo, que ha frecuentado los salones y ha admirado á la sociedad con su fausto, intenta cuando por primera vez asoman las indiscretas y atrevidas canas por entre su bien cuidada cabellera, arrancar aquel signo de decrepitud.

(1) Dicho se está que nos referimos á la flora de nuestra región.